

Carretera secundaria

“Eso es muy triste”, era una de las afirmaciones rotundas que Eva Expósito había tenido que escuchar en incontables ocasiones de boca de sus seres queridos. No entendía qué podía tener de triste despertar cada mañana con el gorjeo de los pajarillos. “Pero si allí no hay nada”, decían otras personas. “Por eso precisamente”, contestaba ella. ¿Dónde si no podría encontrarse a sí misma? A su modo de ver, la gran ciudad representaba un caos de oportunidades de ocio y laborales, infinidad de estímulos que te sacudían y penetraban en ti de forma violenta sin que tuvieras tiempo de detenerte a pensar. De ese modo no podías reflexionar más de lo justo y necesario.

Resultaba irónico, además, que las escapadas al mundo rural eran muy codiciadas por la población en general. Si tan horrible era aquello, ¿por qué pasaba la gente de la ciudad sus vacaciones en un pueblo? La teoría de su familia era que eso es agradable por un tiempo muy limitado, y después, se torna deprimente y aburrido. No podía estar más en desacuerdo con aquella hipótesis. Eva Expósito tenía una teoría muy diferente: “no viven allí porque no pueden trabajar allí”; a lo que añadía: “se espera de ellos, además, que residan en una gran ciudad, porque aquello representa éxito y está socialmente aceptado, y hay que ser muy valiente para romper con las convenciones sociales y tomar tu propio camino, libre de influencias y presiones”. Bueno, esto último no siempre lo decía, porque temía parecer pedante, y no pretendía, ni mucho menos, hacer filosofía barata.

Sabía con total certeza que viajar era enriquecer espíritu y alma, pero eso era algo que nunca había dejado de hacer. ¿Por qué sufrir estrés diario, si podía hacer escapadas a cualquier parte del mundo, empaparse de experiencias vitales, rodearse de multitudes si lo deseaba, y evitar los daños colaterales? ¿Acaso quien vive en una ciudad se rodea constantemente de cultura, espectáculos y fiestas, o por el contrario, el día a día es trabajar en su mayoría? Fuera como fuere, todos los grandes artistas provenían, o parecían provenir, de las ciudades. Pero no olvidaba una cosa: “afincado en Madrid”. ¿No era esa una expresión recurrente cuando se estudiaba a los grandes escritores en el instituto? Pues bien; afinado no era nacido. Claro que nunca se indicaba el nombre del pueblo del que provenían esos genios.

El mundo rural daba a luz mentes brillantes, personas creativas que después expandían sus horizontes fuera. Y no es que la ciudad les inspirara, sino que les brindaba oportunidades, de eso no había duda. Pero por encima de eso, el detonante era la inquietud de esas mentes. No se puede frenar el ansia de crear, ni se puede contener. Y no importa, eso pensaba ella, que se diera en una gran manzana, frente a edificios vertiginosos, o a pie de campo entre majestuosas encinas.

Muchas personas buscan evadirse y desconectar, ya sea meditando o haciendo yoga. Pues bien, desde que vivía en un diminuto pueblo, nada de eso era necesario. Se había dado cuenta de que el entorno, silenciosamente, ladino, había curado su depresión. Encontraba la felicidad plena en la lectura, en un paseo matutino por el que solo se encontraba con vacas, algún gato astuto que se colaba en los huertos, y muy de vez en cuando, un vecino que cruzaba en un tractor o un ciclomotor, y levantaba la mano a su paso para brindar un cordial saludo.

Podía, y a veces lo hacía, a decir verdad, bailar en mitad de sus paseos si la apetecía, o cantar sin medida, sin que nadie pudiera verla ni juzgarla. Encontraba paz también en la vida, que envuelve el medio rural de una manera inefable: veía las plantas crecer, cultivaba modestamente sus propias verduras, y cada mañana que se abría una nueva flor entre las hojas verdes de cualquiera de sus plantas, recibía una satisfacción indescriptible, parecida a la que uno recibe cuando se encuentra una moneda de dos euros en la calle, y aunque sabe que no cambian su vida, ese pequeño golpe de suerte es más que suficiente para alegrarle el día entero.

Fue en ese pueblo, de hecho, donde Eva Expósito canalizó su potencial creativo y escribió la que sería su obra maestra. El motivo, además de todos los expuestos, era, según creía ella, que todas las experiencias y recuerdos acumulados, lugares y personas, únicamente se ordenan cuando en el camino hay una meseta, una pausa de lo externo, y la naturaleza, los orígenes no de la persona, sino de toda la humanidad, contagian con su magia al sujeto que, fatigado, conecta por primera vez en muchos años con su verdadero ser.

